

Junto a estos cuatro rasgos hay otras cinco diferencias menores que permiten también delimitar los dos ámbitos del conocimiento. Las humanidades (incluidas la filosofía y el arte) no plantean como ideal poner *fin a la investigación* (el número de aspectos, perspectivas y visiones es, para ellas, inagotable). Conciben el *progreso* como un “proceso horizontal” en permanente expansión (comparable a un corpus legal en construcción y revisión constante). La *autoridad intelectual* se ejerce de modo distinto (siendo las grandes figuras históricas muy relevantes para las humanidades y el papel de los expertos menor). Las ciencias, sin embargo, tienen en gran estima la *simplicidad*, mientras que las humanidades ajustan sus análisis a la escala y el nivel de detalle adecuados. Por último, Foley recuerda que las humanidades centran su interés de forma casi exclusiva en diversos aspectos de una criatura con estados mentales (o *mentalidad*): el ser humano.

En ambos dominios, la humildad constituye una virtud central: “No estoy en condiciones de juzgar” —afirma Foley— “quizás no sea una respuesta bienvenida, pero a menudo es la adecuada”.—Jaime TATAY NIETO, SJ

Iglesia

INOGÉS SANZ, M^a Cristina: *No quiero ser sacerdote. Mujeres al borde de la Iglesia*, PPC, Madrid 2020, 240 pp. ISBN: 978-84-288-3546-6.

El camino hacia los estudios de Teología, que la autora ha recorrido, es ya significativo y dice mucho de la situación de la mujer en la Iglesia. En el libro, muy manejable y bien editado, el lector encontrará bellas imágenes e infinidad de referencias como en una cascada de cuestiones provocadoras y un horizonte que recupera decididamente el bautismo como clave esencial del seguimiento de Cristo, del ser cristiano.

Pese al título, bien escogido, no es un libro centrado con mirada reducida en este tema de actualidad, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella. Es más bien un ensayo sobre la Iglesia en el siglo XXI, sobre su imprescindible actualización y novedad, escrito por una mujer, a través de la cual participan muchas otras mujeres del pasado y del presente. ¿También del futuro? Con sus voces diversas, con sus lenguajes particulares, con sus experiencias históricas, van dando forma al libro para hacernos mirar nuevamente el origen de la Iglesia, la llamada de Cristo a todas las personas, la necesidad de una misión en el mundo respetuosa y libre. Uno de los principios fundamentales, que todo lector encontrará, va de la mano de la diversidad carismática de la Iglesia, de la frescura que siempre ha manifestado bajo la acción del Espíritu.



Un ejercicio de honestidad intelectual claro y moderado, que rezuma implicación personal, vivencias personales y una apuesta libre por una Iglesia que conjuga la sabiduría de lo antiguo contra las inercias de su presente. El lector verá que no se ahorran preguntas incómodas a nadie y tampoco se guardan las respuestas que, desde la misma teología, se pueden ir abriendo paso. Sin lugar a duda, dentro de una realidad sistémica y compleja, como lo es la Iglesia, el cristianismo actual, la religión en esa posmodernidad, la mujer aparece como nuclear, en diálogo con otras tantas cuestiones, todavía sin resolver del todo, que inquietan y preocupan hondamente, que transformarían decididamente nuestra práctica y nuestra presencia en el mundo. Es la cuestión general, el cristianismo, lo que impulsa este libro; no solo la cuestión particular sobre la mujer. Se agradece la madurez teológica de estas mujeres, tantas veces en los bordes y las fronteras, tendiendo puentes.—José Fernando JUAN SANTOS

Narrativa

BARNES, Julian: *La única historia*, Anagrama, Barcelona 2019, 240 pp. ISBN: 978-84-339-8024-3.



“¿Preferirías amar más y sufrir más o amar menos y sufrir menos? Creo que, en definitiva, esa es la única cuestión”. Con esta decisiva y evocadora pregunta comienza Julian Barnes su última novela publicada en España, *La única historia*. Una novela que avanza buscando la verdad en la historia de amor que su narrador y protagonista, Paul, vivió con Susan, una mujer casada a la que conoció en una competición de dobles mixtos en su club de tenis de “El Village”, “aglomeración suburbana” a unos veinticinco kilómetros al sur de Londres.

Desde los primeros párrafos del libro nos damos cuenta de que no estamos ante la fantasía entre adolescente y mujer madura que dio lugar, por ejemplo, a historias como la de *El graduado*. No hay un relato de aprendizaje afectivo-sexual que contar. Estamos ya ante las ruinas de un narrador que ha quedado mortalmente herido por su historia, por esa única historia de amor que le ha dejado exhausto para vivir otras nuevas: “Quizá lo que había sucedido no fue que le fallaron las fuerzas y la dejó caer. Quizá la verdad era que ella había tirado de él con su peso. Y él también había caído. Y se había lesionado gravemente en la caída”. La única historia es, tristemente, la historia de un fracaso. El fracaso de un intento de salvación en la que el mismo protagonista queda, desde el inicio, cuestionado: “¿Todas esas narraciones te acercan a la verdad de lo que sucedió o te alejan de ella? No estoy seguro. Una prueba podría ser si, a medida que pasan los años, sales mejor o peor parado de tu historia. Salir peor podría indicar que estás siendo más veraz. Por otro lado, existe el peligro de ser retrospectivamente antiheroico: fingir que te comportaste peor puede ser una forma de autobombo. De modo que tengo que ser cuidadoso”.